

ESTRATEGIA ECONÓMICA EN LA POLÍTICA BÉLICA DEL GOBIERNO BUSH

Hugo Fazio

CENDE

Los objetivos del gobierno Bush no finalizan con la victoria en Irak, incluso en el caso de que imponga plenamente su dominación. Menos aún, desde luego, si el control de la situación no se consolida en la forma deseada por los invasores. En este último caso predominarán las consecuencias de una presencia militar prolongada destinada a intentar mantener el control. Sus propósitos expresos van mucho más allá de Irak, consisten en imponer un orden mundial basado en los valores del capitalismo predominante en EE.UU., algunos de cuyos preceptos, por lo demás, en la mayor potencia mundial distan de cumplirse, como lo demuestran los altos índices de proteccionismo que aplica.

“En Estados Unidos existe –como manifestó la destacada intelectual norteamericana Susan Sontag– una nueva visión imperial del mundo. EE.UU., claramente –insistió– quiere dominar el mundo. Irak –agregó– es el país más débil. Todo esto es parte de un proyecto imperial en esa zona Rumsfeld y Wolfowitz habían preparado el mismo plan para Clinton cuando era presidente” (12/4/03).

Esta orientación se expresa con absoluta claridad en el documento que Bush dio a conocer en septiembre de 2002, con el título de *Estrategia de Seguridad Nacional de Estados Unidos*, y cuyas ideas aplicó en la guerra preventiva en contra de Irak, al margen de los organismos internacionales. En el manifiesto se expresa reiteradamente la idea de promover “el crecimiento económico y la libertad económica más allá de las costas de Norteamérica. Las lecciones de la historia –añade el documento– son claras: las economías de mercado, no las economías de dirección y control mediante la pesada mano del gobierno, son la mejor manera de promover la prosperidad. Las políticas de incentivos a los mercados son pertinentes en todos los países”.

En el documento, el papel del mercado ocupa un lugar central. “El concepto de libre mercado –se señala– surgió como principio moral antes de que fuera un pilar de la economía”. Se trata de un principio que debe expandirse de cualquier forma, incluyendo en primer término el papel central de las fuerzas armadas. “Es tiempo –se proclama– de reafirmar el papel esencial de la fuerza militar americana”. Es el “libre mercado” impuesto mediante la violencia.

Al mismo tiempo, en el texto se le asigna una importancia central a mejorar la “seguridad energética”, obviamente en primer lugar la de EE.UU. “Fortaleceremos –se señala textualmente– nuestra propia seguridad energética y la prosperidad compartida de la economía mundial colaborando con nuestros aliados, socios comerciales y productores de energía”. Este objetivo ocupa un lugar central en los objetivos económicos de la agresión a Irak.

Con la agresión se pasó de buscar imponer estos criterios a través de mecanismos económicos a hacerlo mediante instrumentos extraeconómicos, concretamente por la vía de la agresión militar y la violencia. “Es hora de reafirmar –dice el documento– la función esencial del poderío militar norteamericano. Debemos construir y mantener nuestras defensas para ponerlas encima de cualquier reto. Para hacerlo, nuestras fuerzas armadas deben disuadir a cualquier futura competencia militar o derrotar decisivamente a cualquier adversario si fracasa la disuasión. Para bregar con la incertidumbre y enfrentar los muchos retos de seguridad que encaramos, Estados Unidos necesitará bases y estaciones dentro y más allá de Europa Occidental y el nordeste de Asia, como así también arreglos de acceso temporal para el despliegue de fuerzas a gran distancia”.

Las formulaciones del gobierno norteamericano no se prestan para interpretaciones. En los planes de la administración Bush, por tanto, los objetivos no se circunscriben a Irak. “La guerra contra el terrorismo –ha escrito el ex director de la CIA, James Woolsey, a quien se le menciona para un alto cargo en Irak al establecerse la administración de postguerra– no terminará hasta que cambiemos el rostro del Medio Oriente, lo cual estamos empezando a hacer en Irak. Es una tarea difícil –agrega–, pero no tanto como lo logrado en las guerras mundiales previas. Todavía queda por emprender un cambio en esa parte del mundo que históricamente no ha tenido democracia ...” (6/4/03)¹.

En este contexto hay que ubicar las amenazas en contra de Siria e Irán pronunciadas desde los primeros días de los ataques a Irak. El secretario de Estado, Colin Powell, llamó a dar un “un paso adelante” en relación con ambos países. “Ahora es el momento –escribió en el diario madrileño *ABC*– para que toda la comunidad internacional dé un paso adelante y exija a Irán que deje de apoyar a los terroristas.

¹ Las fechas indican información de la base de datos “Recortes de Prensa” de Cenda (cenda.cep.cl).

Teherán debe dejar de buscar armas de destrucción masiva y el modo de distribuir las. También Siria –agregó Powell– se enfrenta ahora a un grave dilema. Siria puede continuar apoyando directamente a los grupos terroristas y al agonizante régimen de Saddam Hussein o puede tomar un rumbo diferente y más esperanzador. En ambos casos, Siria tendrá la responsabilidad por su elección y las consecuencias que ésta tenga” (3/4/04).

A su vez, Bush personalmente culpó a Siria de poseer armas químicas. “Cree-mos que hay armas químicas –explícito– en Siria. Esperamos que Siria coopere” (14/4/03). El Presidente estadounidense no aclaró si se trata de armas propias o si fueron trasladadas desde Irak.

El asesor del Pentágono e ideólogo de la administración Bush, Richard Perle, en una entrevista concedida a *International Herald Tribune* –luego de la ocupación de Bagdad– nombró a varios países que conforman el llamado “eje del mal”: Irán, Corea del Norte, Siria y Libia. Incluso mencionó a Arabia Saudita, señalando que otorgó, incluso por el gobierno, dinero a “organizaciones terroristas” (13/4/03). Perle advirtió que EE.UU., se vería “obligado” a actuar en Siria, de establecerse que allí se escondieron armas de destrucción masiva provenientes de Irak.

En forma paralela a la agresión fue avanzándose en cómo proceder al llegar el momento de la reconstrucción. La posición del gobierno Bush fue muy clara: las Naciones Unidas deben desempeñar un papel, pero siempre –como manifestó el secretario de Estado, Colin Powell, en una reunión de la OTAN– que “la coalición (anglo-norteamericana)” mantenga “su rol primordial” (4/4/03). Esta forma de actuar se encuentra absolutamente en línea con el documento sobre la Seguridad Nacional. Se actuará con las Naciones Unidas siempre que éstas se sumen a los planes estadounidenses, en caso contrario actuarán unilateralmente, tal como lo hicieron al desatarse la agresión en contra de Irak. “Si bien Estados Unidos tratará constantemente de obtener apoyo de la comunidad internacional –se expresa textualmente–, no dudaremos en actuar solos, en caso necesario, para ejercer nuestro legítimo derecho a la defensa”. Legítimo derecho que se manifestó en contra de Irak, aunque nunca pudo fundamentarse la existencia de peligros a la seguridad de EE.UU.

La Estrategia de Seguridad Nacional no nace –como se suele propagar– con los atentados del 11 de septiembre de 2001. Es muy anterior. Tampoco en septiembre de 2002. Ya había sido formulada a comienzos de los noventa por un reducido número de personeros de ultra derecha, que tienen como su ideólogo a Paul Wolfowitz, ex decano de la Escuela de Estudios Internacionales Avanzados de la Universidad de Princeton y que en esos años era el tercer subsecretario de Defensa. Wolfowitz elaboró en 1991 un documento de planificación estratégica para el Pentágono. Allí ya se planteaba un proyecto hegemónico basado en las fuerzas armadas, que disuadiese a quien pretendiese cuestionar la hegemonía de EE.UU.

En 1992, el actual vicepresidente estadounidense, Dick Cheney, hizo público un documento –en parte redactado por Wolfowitz– en que se planteó como objetivo estratégico, luego del derrumbe del “socialismo real”, impedir el surgimiento de un poder militar de una potencialidad similar a la norteamericana.

En junio de 1997, las ideas centrales de la Estrategia de Seguridad fueron retomadas por Cheney, Wolfowitz, Jeb Bush (hermano de George y gobernador de Florida), Francis Fukuyama (autor de los ensayos sobre el fin de la historia), Lewis Libby (otro de los ideólogos de las formulaciones efectuadas a comienzos de los noventa) y Donald Rumsfeld (secretario de Defensa de Bush) en un texto denominado el *Nuevo Siglo Americano*. En este documento –muy anterior, debe reiterarse, al 11 de septiembre de 2001– se propiciaba ya aumentar los gastos de defensa, desafiar los “regímenes hostiles a los intereses y valores” norteamericanos, asignándole a EE.UU. la tarea de “preservar y extender un orden internacional amigable para nuestra seguridad, nuestra prosperidad y nuestros principios”.

Este “modelo sostenible” se impone mediante el poder bélico más grande conocido en la historia de la humanidad. Se apoya en una fuerza militar activa de 1,4 millones de miembros, en portaviones dotados de grupos de combates que recorren todos los océanos, despliegue que se intensificó en la perspectiva de una acción contra Irak. Sin embargo, la superioridad militar norteamericana no descansa solo ni fundamentalmente en su despliegue en hombres y mujeres, sino en su predominio tecnológico. En 2004, el Pentágono tiene previsto gastar US\$ 56.000 millones únicamente en investigación científica y desarrollo de nuevos conceptos bélicos. Para investigación científica, EE.UU. destina US\$ 28.000 por soldado, mientras que Europa gasta más o menos US\$ 7.000. La brecha tecnológica se va ampliando.

El impacto en la economía mundial

La evolución del impacto de la acción bélica debe hacerse a partir de la situación concreta de la economía mundial y, en especial, de EE.UU. A nivel global, al iniciarse el ataque estadounidense, la actividad se encontraba en una fase de crecimiento débil y en recesión países tan importantes como son Japón y Alemania, la segunda y tercera economías de la tierra si se consideran los niveles de producto. Las razones de fondo de la debilidad mundial y en los diferentes países no se superan con la guerra.

Japón, por ejemplo, vive una situación de estancamiento desde hace más de una década y Alemania se encuentra atezada por la política fiscal de la Comisión Europea que la obliga a aplicar medidas contractivas en una situación recesiva, lo cual amenaza con contribuir a empujar hacia abajo al conjunto de la eurozona y con la carencia de una política monetaria propia, la cual se encuentra entregada al

Banco Central Europeo. La confianza de los consumidores germanos se encuentra en su nivel mínimo en ocho años. El Bundesbank redujo la estimación de crecimiento para el presente año, de la mayor economía europea, a solo 0,5%.

Cuadro N° 1
PIB 2002 por países

País	Monto	País	Monto
EE.UU.	10.445	China	1.241
Japón	4.004	Italia	1.178
Alemania	1.987	Canadá	726
Inglaterra	1.538	España	647
Francia	1.419	México	643

(Fuente: FMI y Bureau of Economic Analysis. En miles de millones de dólares)

El ciclo económico se caracteriza por la contracción generalizada en la inversión productiva de los países desarrollados, lo cual no cambiará tampoco automáticamente por la guerra y su resultado. Su origen reside, como lo anotaba Keynes, en la conducta de los inversionistas en la fase baja de actividad económica. “La historia enseña –recuerda el economista jefe de Morgan Stanley, Stephen Roach– que este sector se rezaga respecto al resto de la economía en los momentos de cambio de ciclo. De hecho –insiste– nunca ha liderado un cambio de ciclo”.

El director general de la Reserva Federal de Nueva York, William McDonough, constató en un discurso pronunciado en la Asociación de Banqueros de dicho Estado, luego de iniciados los ataques, que la reanimación de la inversión no será un subproducto de la guerra. “La recuperación en el sector empresarial –manifestó– continúa siendo moderada no solo por la incertidumbre geopolítica y la necesidad de una mayor reestructuración en algunos sectores claves, sino por la cautela de los inversionistas y los prestamistas” (21/3/03).

En una encuesta efectuada en los mismos días por la Escuela de Negocios de la Universidad de Duke y Financial Executives International –una asociación de ejecutivos financieros– se concluyó en que un 67 por ciento de los directores de finanzas encuestados constataron que en las empresas se posponían todas las inversiones de capital o, en el mejor de los casos, se gastaba con cautela debido a la incertidumbre relacionada con la guerra. Mientras tanto, el presidente de la FED, Alan Greenspan, en una reunión efectuada simultáneamente al ultimátum de Bush a Saddam previo a la agresión, declinó entregar una opinión sobre la situación económica, dada “las inusuales e importantes incertidumbres”. Los deterioros sufridos en el largo período de posguerra fueron muy grandes.

En los dos trimestres previos al ataque militar, la economía norteamericana creció apenas en un ritmo algo superior a un 1 por ciento. En otras palabras, se

encontraba estancada. Los impactos de los aumentos del gasto bélico en el producto para la mayor potencia mundial no son iguales que en el pasado y, por tanto, la esperanza de que ello pueda ser la vía para salir de la situación no tiene fundamento. Durante la segunda guerra mundial, el incremento del gasto militar representó el 41,4% de su PIB. En la guerra de Corea ya disminuyó al 8%, en Vietnam al 1,9% y en el Golfo Pérsico apenas a un 0,3%.

Más aún, un fenómeno recurrente en las últimas décadas de los períodos post bélicos, incluyendo la guerra del Golfo, ha sido el inicio de recesiones. Así aconteció en 1946, luego de la Segunda Guerra Mundial, y en 1954, luego de la guerra de Corea. Una diferencia, eso sí, es que la política de agresión de Bush no se limita solo a Irak, se propone una reorganización mundial apoyada en las armas, intentando reproducir sus formas de capitalismo, y que el peso del gasto militar como porcentaje del PIB en EE.UU. es hoy menor que en el pasado. Después de la Segunda Guerra Mundial y la de Corea, de otra parte, la recesión se precipitó por un *shock* de oferta, al revertirse parte de la capacidad productiva militar a las necesidades civiles.

Todavía más, la acción bélica repercute en dos de los puntos más débiles que presenta la economía de EE.UU.: sus déficit fiscal y en cuenta corriente de la balanza de pagos. El gobierno estadounidense no entregó antes de iniciar la intervención cifras sobre las magnitudes posibles del gasto militar en diferentes escenarios. El subsecretario de Defensa, Paul Wolfowitz, se limitó a manifestar la imposibilidad de calcular con exactitud la duración de la guerra, su nivel de destrucción y los gastos necesarios para la reconstrucción.

Recién a los pocos días de iniciado el ataque, el presidente Bush anunció un presupuesto complementario de US\$ 74.700 millones solo para responder a las necesidades del primer mes de conflicto, de los cuales US\$ 63.000 millones se destinan directamente a Irak, se incluye una pequeña ayuda a países aliados y un monto igualmente muy bajo de ayuda humanitaria. Desde luego, la política bélica de Bush obliga a gastos adicionales mayores.

La estrategia militar del gobierno Bush produce un incremento importante en el déficit fiscal, cuando paralelamente el manejo presupuestario –de incremento en el gasto y de reducción en los impuestos– lleva a su crecimiento. En los mismos días del inicio de la ofensiva contra Irak, el Congreso de EE.UU. aprobó en sus líneas generales el proyecto de presupuesto presentado por la administración Bush que incluía recortes de impuestos por US\$ 726.000 millones en diez años. Esta propuesta, por el incremento en los gastos militares y el aumento en el déficit presupuestario, no fue aprobada. El texto votado permite un recorte de US\$ 350.000 millones. Los demócratas insistieron en que las rebajas impositivas benefician primordialmente a sectores de altos ingresos y, por tanto, no tendrán la incidencia en los niveles de actividad económica que espera la Casa Blanca.

En la coyuntura de comienzos del siglo XXI, EE.UU. no dispone de los mecanismos de estímulos anticíclicos que usó profusamente en el pasado. Al no existir

mecanismos fiscales por emplear para reducir el déficit y aprobarse un presupuesto que lo incrementa, su financiamiento debe obtenerse vía endeudamiento en un país de un nivel de ahorro interno negativo. La proyección para el año 2003 es que alcanzará a solo un 14 por ciento del PIB. Por tanto, en un alto porcentaje debe financiarse con cargo a recursos externos, lo cual en definitiva impulsa más al alza su déficit en cuenta corriente.

Las posibilidades norteamericanas de aplicar políticas reactivadores son prácticamente inexistentes, dado el crecimiento en flecha del déficit presupuestario y la existencia de una tasa de interés real negativa. En la eurozona tampoco existe espacio para mecanismos fiscales reactivadores mientras se mantenga vigente el techo fiscal que impone el Pacto de Estabilidad y Crecimiento. Incluso el director del FMI, Horst Köhler, planteó la necesidad de flexibilizarlo, al tiempo que sugería al Banco Central Europeo una política de tasas de interés más activa, señalando que dispone de margen para bajar los intereses. A su turno, Japón ya utilizó sin éxito los instrumentos clásicos fiscales y monetarios para salir de su situación de estancamiento.

A América del Sur la guerra la encuentra después de dos años de recesión y con un incremento en el número de pobres. De acuerdo con un informe publicado por el BID en los años 2001 y 2002, como consecuencia de la caída en los niveles de actividad económica, el porcentaje de pobres subió en el primero de los años mencionados de 42% a 43%, para luego ascender a 44%. El estudio cifra en 221 millones de latinoamericanos los que viven por debajo de la línea de pobreza, de los cuales 99 millones se encuentran en la indigencia.

De otra parte, la guerra agravó la situación de ramas económicas ya en dificultades. Una situación particularmente crítica enfrentaron las líneas aéreas. American Airlines, la mayor empresa del mundo, se encontraba al iniciarse la agresión al borde de la cesación de pagos, situación que ya vivía United Airlines, la número dos, US Airways y Hawaiian Airways. La Asociación Internacional de Líneas Aéreas (IATA) cifra en más de US\$ 10.000 millones las pérdidas esperadas por el conflicto, las cuales se agregarían a los US\$ 30.000 millones que ya registra desde el 11 de septiembre de 2001. Entre 2001 y 2002, el sector despidió en todo el mundo a 150.000 trabajadores. En 2003 los despidos continúan y aumentan al reducirse las reservas aéreas, por el clima de temor existente.

Otros sectores inmediatamente afectados son el turístico, las compañías de seguros y, como producto de ello, el sistema financiero. La Organización para la Cooperación y el Desarrollo Económico en forma inusual llamó la atención a fines de marzo sobre los efectos del derrumbe bursátil, que puede agravarse, sobre los fondos de pensiones. La irrupción de los fondos de pensiones en los mercados financieros constituyó uno de los hechos claves del boom bursátil de los años noventa, que se cortó bruscamente el 2000.

La debilidad de la economía de los países desarrollados y el agravamiento que puede inducir la acción bélica, especialmente en EE.UU., constituye un dato significativo, en especial para un país como Chile, cuyas autoridades permanentemente cifraron en la recuperación externa el mejoramiento de la economía interna. A ello se añade que debe persistir la sequía en el ingreso de capitales desde el exterior, uno de los factores que explica el bajo ritmo de la demanda interna e influye en el cuadro regional. El FMI, en su informe “Estabilidad Financiera Global” –que publica dos veces en el año– recalcó a fines de marzo que “Latinoamérica probablemente será golpeada por la reducción de los flujos financieros”, advirtiendo en especial sobre las consecuencias que ello puede significar para Brasil, por su alta vulnerabilidad a los movimientos de capitales extranjeros, así como a otros países de la región de bajas calificaciones crediticias (28/3/03).

“Amplificación incestuosa”

Consortios petroleros norteamericanos y británicos participaron activamente en la planificación bélica. Los ingenieros militares trabajaron durante meses con Kellogg Brown & Root (KBR), subsidiaria de Halliburton Co., para diseñar un plan de acción para la reconstrucción de la infraestructura petrolera de Irak. Obviamente, Halliburton fue nominada para participar posteriormente en el proceso de reconstrucción de la capacidad productiva. “Casualmente”, el vicepresidente Dick Cheney dirigió Halliburton entre 1995 y 2000, cuando dimitió para participar en la campaña de Bush.

El Cuerpo de Ingenieros del Ejército, en respuesta a un requerimiento de parlamentarios demócratas, manifestó que el contrato podía alcanzar un monto de US\$ 7.000 millones en dos años, de producirse el peor escenario posible como consecuencia del conflicto en daño a los pozos petrolíferos, obteniendo KBR una comisión de 7%.

El incremento en el gasto de defensa tiene claros beneficiarios. Uno de ellos es la industria militar, lo cual se refleja en los resultados de las grandes empresas de armamentos. Lockheed Martin Corp., la mayor compañía contratista de Defensa de EE.UU., así como su principal competidora, Raytheon Corp, a manera de ejemplo, informaron de un gran incremento en sus ventas en el cuarto trimestre de 2002, resultados que sin duda se han seguido repitiendo. La industria bélica de EE.UU. tiene presente que después de la guerra del Golfo de comienzos de la década de los noventa las ventas de armas al exterior casi se duplicaron, desde US\$ 11.000 millones a US\$ 20.000 millones, en algo más de un año. Un proceso similar esperan que se inicie con el rearme del nuevo ejército irakí, en la post guerra.

Se trata de la “amplificación incestuosa”, para utilizar el término empleado por el economista norteamericano Paul Krugman, en su columna en *The New York Times*,

refiriéndose al manejo efectuado por el mismo Cheney con el asesoramiento de las empresas proveedoras de los servicios durante la crisis energética de California que ellas mismas, como se probó en las investigaciones posteriores, provocaron. En definitiva, Cheney y sus asesores decidieron actuar de acuerdo con los intereses de las empresas consultadas, liberalizando los precios y disminuyendo radicalmente las regulaciones. Esto les permitió, aprovechando las facilidades concedidas, manipular las reservas e imponer precios abusivos para optimizar sus ganancias. La superación de la crisis energética de California se logró actuando de manera inversa a las recomendaciones entregadas por el grupo de trabajo encabezado por Cheney.

Esta “amplificación incestuosa” tiene lugar también descaradamente durante la guerra en contra de Irak. Las ocho primeras convocatorias de grandes proyectos efectuados por la Agencia Estadounidense de Desarrollo Internacional (USAID) –que incluyeron actividades de infraestructura vial hasta otras en el sector de la salud–, fueron ganadas exclusivamente por empresas estadounidenses, entre ellas KBR. Otros beneficiarios de los proyectos aprobados por la USAID se encuentran entre compañías que ofrecieron donaciones a la campaña política de Bush /y o aportaron con personeros para ocupar altos puestos en su gobierno.

La preferencia por empresas estadounidenses con relaciones hacia la estructura de poder fue tan escandalosa que incluso el primer ministro británico, Tony Blair –el aliado más cercano de Bush–, se esforzó para que fuesen las Naciones Unidas las que asumiesen el papel central en la administración de la economía de Irak después de la guerra. Mientras tanto, British Petroleum, la transnacional petrolera anglo-holandesa, también participó en la capacitación de los ingenieros británicos que entraron en Irak después de los marines estadounidenses en las primeras horas de la invasión. El consorcio espera recibir, al igual que Halliburton, su premio por el aporte a la acción bélica.

La “administración civil” de Irak, según los planes estadounidenses, será dirigida por un teniente general retirado, Jay Garner, que encabezaba hasta antes de su nominación una filial de una empresa de alta tecnología especializada en sistemas de control de misiles, SY Coleman, denominada L3 Communication. Esta empresa es proveedora del ejército estadounidense de armas utilizadas en Irak. Además, está relacionado con la comercialización de los misiles Patriot. Por tanto, proviene del complejo militar-industrial. En el 2000, Garner suscribió un manifiesto de respaldo a la política del gobierno de Israel de tratamiento a las Intifadas. Esta es la persona nombrada para encabezar la “administración civil”.

Los escándalos son de tal magnitud que incluso el secretario de Defensa, Donald Rumsfeld, se vio obligado a remover de su cargo al frente del Comité de Política de Defensa del Pentágono a Richard Perle, al aceptar un contrato superior a los US\$ 700.000 para hacer lobby en el gobierno a favor de Global Crossing, empresa afectada por la oleada de escándalos financieros de grandes consorcios que sacudió a la economía norteamericana. Según *The New York Times*, Perle forma parte de

la empresa británica Autonomy Corp, que mantiene contratos con el Departamento de Defensa y la megasecretaría de Seguridad Interior.

Perle no es el único asesor del Pentágono denunciado por conflictos de intereses. De acuerdo con un estudio efectuado por el Centro de Integridad Pública –cuyos miembros son considerados “empleados especiales del gobierno, por lo cual se encuentran sujetos a las reglas federales de ética– nueve de los treinta miembros del Comité Asesor del Pentágono, que dirigía Perle, tienen vínculos con empresas que percibieron durante los años 2001 y 2002 más de US\$ 76.000 millones en contratos de Defensa y pueden verse beneficiadas con la reconstrucción de Irak después de la guerra. Entre las empresas contratistas que poseen vínculos con miembros del Comité Asesor figuran Boeing, TRW, Northrop Grunman, Lockheed Martin y Booz Allen.

Concreción de un viejo anhelo imperial

Las estrechas relaciones de Bush –y también de Cheney– con la industria petrolera le dan una connotación especial a la agresión a Irak y a extender la influencia en el estratégico Golfo Pérsico. Una de las claves para entender esta determinación tiene relación con los importantes campos petrolíferos de Irak. “Tanto el presidente Bush como el vicepresidente Cheney –escribió el presidente de la Fundación de Tendencias Económicas de Washington, Jeremy Rifkin– están relacionados con el petróleo. Ambos proceden de la industria petrolífera. Sus carreras han estado definidas por los intereses del petróleo. Sus fortunas políticas han sido fomentadas por los grupos de presión petrolíferos” (28/10/02).

Al mismo tiempo, la política de agresión a Irak llevó adelante viejos planes imperiales. En 1945, el Departamento de Estado –como recordó Noam Chomsky– describió la “inmensa riqueza petrolera de Irak” como “una formidable fuente de poder estratégico y uno de los mayores premios materiales en la historia del mundo”. El control de “las fuentes estratégicas –anota Chomsky– alimenta el poder económico y militar de EE.UU. y el ‘poder estratégico’ se traduce en una palanca para controlar el mundo” (9/11/02). Este mismo propósito estuvo presente en la llamada guerra del Golfo a comienzos de los noventa. George Bush padre en sus memorias reconoce que se bombardeó Irak porque no se podía permitir “que un poder regional hostil tuviera de rehén buena parte del suministro mundial de petróleo”.

Irak posee las segundas reservas mundiales conocidas de petróleo. El ex ministro saudí, Al Jamani, sostiene que las potencialidades de Irak son superiores a las que indican las estadísticas. “La única fuente de energía segura de la magnitud de Arabia Saudí –señala– es Irak, el país que ocupa el segundo lugar del mundo en reservas de crudo. Según nuestros estudios –agrega–, los cálculos son aún demasiado prudentes para Bagdad; las reservas podrían alcanzar a las de Arabia Saudí. El

petróleo es de buena calidad, muy fácil de extraer y de transportar por rutas nuevas y políticamente no peligrosas para EE.UU.” (26/1/03). De allí su gran interés para EE.UU.

Cuadro N° 2
Reservas de petróleo

País	Reservas	País	Reservas
Arabia Saudita	263.500	Venezuela	72.600
Irak	112.500	Rusia	48.600
Emiratos Árabes	97.800	Libia	29.500
Kuwait	96.500	EE.UU.	28.600
Irán	89.700	México	28.400

(Fuente: Departamento de Energía de EE.UU. En millones de barriles)

Bush y Cheney mantuvieron los vínculos con el sector energético luego de asumir sus cargos. En los primeros meses de 2001, Cheney mantuvo reuniones, que durante un largo tiempo permanecieron secretas, para definir la política estadounidense en esta estratégica área económica. El vicepresidente se negó a proporcionar, a pesar de los requerimientos del Congreso, los nombres y vínculos empresariales de los participantes en las deliberaciones.

Posteriormente se conoció un informe elaborado por el National Energy Policy Development Group, redactado por el propio Cheney, fruto de esas deliberaciones, que define la estrategia de EE.UU. para hacer frente a la creciente necesidad de suministros petroleros en el primer cuarto del siglo XXI.

El documento le concede una alta prioridad a la adquisición de nuevas reservas externas. El informe cifra la dependencia estadounidense de los suministros desde el exterior, señalando que aumentarán desde el 52 por ciento del consumo en el 2001 a 66 por ciento en 2020. Si se considera que el consumo, al mismo tiempo, irá aumentando, se deberá importar un 60 por ciento más que al iniciarse los años 2000, pasándose de 10,4 millones de barriles diarios a aproximadamente los 16,7 millones, en circunstancias de que la producción estadounidense no cesa de disminuir. Basándose en estas previsiones, el texto define el incremento de las importaciones petroleras como “una prioridad de nuestra política comercial y exterior”.

Una de las propuestas del documento –y en cuyo ámbito se encuentra la agresión a Irak– es aumentar las adquisiciones desde el Golfo Pérsico. El coste de extracción de crudo irakí está entre los más bajos a nivel mundial. Extraer cada barril tiene un costo promedio de poco más de un dólar. La caída de Saddam Hussein, en el análisis estadounidense, termina con el embargo petrolero y permite el desarrollo del negocio en Irak.

La guerra, al decir del vicesecretario de comercio internacional de EE.UU., Grant Aldonas, en un foro de empresarios efectuado a comienzos de 2003, “abriría la espita del petróleo irakí, lo que tendría un profundo efecto en la economía mundial y para los países consumidores de petróleo” (21/2/03). Sin embargo, la recuperación de la producción irakí, que oficialmente al comenzar el año 2003 se ubicaba en los dos millones de barriles diarios, no será fácil. El ex ministro irakí del petróleo durante los años 1987-1990, Issam al-Chalabi, manifestó en una reunión efectuada en Houston (EE.UU.) que “el mundo no puede esperar un ‘boom’ instantáneo de la industria petrolera irakí y que se necesitarán muchas inversiones antes de que el país vuelva a producir 3,5 millones de barriles diarios, su nivel en agosto de 1990”. Ese nivel de producción, en su opinión, se volverá a alcanzar recién al menos en dos años y requerirá de una inversión de unos US\$ 3.000 millones (23/2/03).

La industria petrolera de Irak ha quedado rezagada. En Houston se informó que de los 526 bloques petroleros descubiertos, delimitados y probados, solo 125 han sido desarrollados, es decir, apenas un 20 por ciento del total. La estructura económica de Irak fue duramente golpeada primero por la guerra con Irán (1980-1988) y posteriormente por el embargo impuesto por las Naciones Unidas después de la Guerra del Golfo.

En 2001, EE.UU. importó 11,6 millones de barriles diarios y más del 20 por ciento de ese crudo era saudí. De allí la importancia que tiene, al mismo tiempo, el curso de los acontecimientos en Arabia Saudita. La Casa Blanca teme que el reino caiga en la inestabilidad política en manos de los integristas islámicos. El wahabismo, la rama más integrista del mundo musulmán, se presume en estos análisis, se encuentra muy arraigada en la sociedad saudí e incluso entre muchos miembros de la familia real.

Un reportaje del diario británico *The Guardian*, citando a un especialista en inversiones de una empresa bursátil en Nueva York, expresa también este temor estadounidense. “De los 22 millones de habitantes de Arabia Saudita –señala–, la mitad son menores de 25 años y la mitad de éstos son desempleados. Muchos quieren ver el final de la familia real y, lleve esto cinco meses o cinco años, sus días están contados. Si Arabia Saudita cayera en manos de los fundamentalistas musulmanes y se pararan las exportaciones, no hay suficiente petróleo extra en otro lado para compensar la merma” (26/1/03).

El petróleo de Irak no libera a EE.UU. de su dependencia del crudo saudí, pero lo hace menos fuerte. Arabia Saudita es el único país capaz de producir hasta 12 millones de barriles diarios. Al finalizar 2002, su producción era de alrededor de ocho millones de barriles al día, estando en condiciones –según sus ejecutivos– de elevar su producción a diez millones de barriles en forma muy rápida y a 10,5 millones en tres meses. “Los sauditas tienen lejos la cantidad más grande de capacidad no utilizada”, ha destacado Guy Caruso, jefe de la administración de Información de Energía del Departamento de Energía. Agregando que la Reserva de

Petróleo Estratégico de Estados Unidos y las existencias en otros países –entre ellos en primer lugar Arabia Saudita– representan la mejor defensa contra las interrupciones a corto plazo (27/11/02).

La estrategia propuesta por el informe es no solo depender de los suministros provenientes del Golfo Pérsico. “La diversificación de las fuentes de abastecimiento –señala el documento– es de primordial importancia”. En esta dirección, en América Latina adquieren una importancia particular México, Venezuela y Colombia, que estuvieron entre el conjunto de países desde donde se realizaron las mayores exportaciones a EE.UU. en 2001. Los manejos norteamericanos en Venezuela y Colombia se inscriben en esta perspectiva. En Venezuela han participado abiertamente en maniobras desestabilizadoras. Al tiempo que en Colombia la “asistencia” financiera concedida incluye la protección de los oleoductos transportadores del petróleo desde sus pozos hasta las refinerías. La influencia en México se garantiza a través del TLCAN.

En octubre de 2002, Washington envió a Colombia una avanzada de diez militares de sus fuerzas especiales para entrenar a 6.500 soldados colombianos, preparándolos para proteger el principal oleoducto del país, en Arauca, en la frontera con Venezuela, explotado por el consorcio estadounidense Occidental Petroleum. Se trata del oleoducto Caño Limón-Coveñas, de 780 kilómetros de longitud, que transporta diariamente 105.000 barriles de crudo. En enero, se enviaron otros setenta militares para reforzar el contingente de entrenamiento. Los efectivos norteamericanos fueron formados en el Comando Sur de Estados Unidos en operaciones de inteligencia, combates contraguerrillas y tácticas para proteger la infraestructura petrolera.

Un estudio publicado en noviembre de 2002 por la Agencia de Información Energética –organismo dependiente del Departamento de Energía estadounidense– afirmó que en 2025 el 51 por ciento de la producción mundial de petróleo provendría de los países miembros de la OPEP. Al momento del estudio, ese porcentaje alcanzaba al 38 por ciento, de los cuales dos tercios se originaban en el Golfo Pérsico. George Bush manifestó que esta dependencia del Golfo Pérsico es “virtualmente intolerable” (28/12/02). Debe superarse por diferentes medios.

Un documento elaborado por el Instituto James Baker III de Políticas Públicas de la Universidad Rice de Texas y el Consejo sobre Relaciones Internacionales para la administración Bush antes de los atentados de septiembre de 2001, titulado “Desafíos para una Política Estratégica de Energía del Siglo XXI”, llega a conclusiones similares. Ello vuelve a demostrar que los planes agresivos no surgen después de los atentados, sino que responden a una elaboración anterior. El estudio considera a Irak como vital para los flujos de petróleo desde el Medio Oriente y afirma que por razones de seguridad militar no se puede permitir que Saddam Hussein desarrolle la explotación petrolera. Por tanto, la conclusión es que se requiere un nuevo régimen en Irak.

El análisis destaca que tanto Dick Cheney como el secretario de Defensa Donald Rumsfeld adquirieron funciones dirigentes en el país en 1974 bajo la presidencia de Gerald Ford, durante el embargo petrolero árabe, y tienden a identificar la situación creada en esos años con la que se puede producir al comenzar la década actual. Con la intervención militar se pretende obtener una mayor seguridad para EE.UU. “Por desgracia –anota el economista norteamericano Jeffrey Sachs, analizando el estudio de la Universidad Rice–, una guerra cuyo motivo sea el petróleo solo desestabiliza aún más la política y la sociedad internacionales y debilitará aún más la seguridad de EE.UU. y el mundo” (31/1/03).

De otra parte, participar en la explotación del petróleo iraquí constituyó una pieza central en la estrategia norteamericana para unir fuerzas tras su política agresiva. Ello ya fue planteado por el ex director de la CIA entre 1993 y 1995, James Woolsey, consejero además de grandes corporaciones como British Airways, y abogado especializado en litigios internacionales. “Francia y Rusia –manifestó Woolsey– tienen empresas petroleras e importantes intereses económicos en Irak. Debemos decirles que si nos ayudan a conseguir que Irak disponga de un Gobierno decente, haremos lo posible para que las nuevas autoridades de Bagdad y las compañías estadounidenses cooperen con sus empresas” (16/9/02).

La afirmación se lee, al mismo tiempo, como que la falta de “cooperación” deja al margen del reparto de la riqueza petrolífera irakí. Precisamente, la posición contraria a la guerra del gobierno francés llevó a funcionarios estadounidenses a advertir que, por su posición, Francia podría quedar excluida del reparto de los recursos petroleros después de producida la intervención.

Compañías rusas como Lukoil o Slavneft, la francesa TotalFinaElf, la china National Oil Company y empresas de India, Italia, Argelia y Vietnam, firmaron acuerdos con el Gobierno de Hussein desde que acabó la guerra del Golfo. Esos acuerdos quedaron en suspenso, a la espera de que concluyese el embargo decretado por las Naciones Unidas. Saddam Hussein firmó incluso convenios de producción compartida con compañías extranjeras, entre ellas TotalFinaElf.

“Una intervención militar acompañada de la caída del régimen (de Hussein) y la colocación de un poder directamente a sueldo de Estados Unidos –escribió el eurodiputado y profesor invitado de la Universidad Carlos III, de Madrid, Sami Nair, antes de la agresión– replantearía este reparto, que por el momento excluye a estadounidenses y británicos. Se sabe –agrega Nair– que las discusiones estadounidenses con las diversas fuerzas de la oposición iraquí en el extranjero versan principalmente sobre este punto” (27/12/02).

Lo que está en juego, escribió el novelista John Le Carré, “no es el bien y el mal, sino el petróleo, el dinero y la vida de la gente. La tragedia de Saddam es estar sentado sobre el segundo yacimiento de petróleo más grande del mundo. La de su vecino Irán es poseer las reservas de gas natural más grandes del mundo. Bush quiere ambas, y quien le ayude a conseguir las recibirá una parte del pastel. Y quien

no le ayude, no la recibirá. Si Saddam no tuviera petróleo, podría torturar y asesinar a placer a sus ciudadanos” (20/1/03).

La agresión a Afganistán forma también parte de la misma estrategia. “Sus objetivos —afirma Nair, al analizar esta relación— eran claros: poner el pie en una región cuyos recursos petrolíferos son todavía parcialmente desconocidos y cuyos recursos de gas son probablemente muy importantes; contrarrestar la voluntad de expansión de China en esta región; garantizar la seguridad de las redes de tránsito del petróleo consiguiendo que el proyecto estadounidense de oleoducto (cruzando Georgia hasta Turquía) fuera aceptado antes que el proyecto chino, algo que hasta el 30 de agosto de 2001 los talibanes se habían negado a conceder a los estadounidenses, que negociaban secretamente con ellos. Con la guerra de Afganistán, la amenaza que pesa sobre Irak y la guerra de Palestina, Estados Unidos se asegura así el control para los años venideros de lo que los expertos estadounidenses llaman “la elipse estratégica de la energía”, zona que abarca desde la península arábiga hasta Asia central. Ésa es la nueva ley de la historia que los poderosos, ávidos de oro negro —concluye el eurodiputado—, quieren imponer al mundo”.

ABSTRACT

Professor Hugo Fazio refers to the American new world order initiated in the early nineties, an order imposed over certain countries through free market economy, with or without their consent (by the force of arms if necessary). With its war against terrorism and “evil” nations as pretext, the U.S.A. created the National Strategic Security plan, which includes new military bases the world over. The real objective is to guaranty U.S.A. energy needs and markets. Thanks to the second Gulf War, America controls the second largest oil reserve in the world, and most reconstruction contracts in Iraq were awarded to American firms.